



CASSANDRA CLARE

La Reina del Aire y la Oscuridad

CAZADORES DE SOMBRAS
RENACIMIENTO

LIBRO 3

Se ha vertido sangre inocente en el Salón del Concilio, y la guerra civil parece inminente. Una parte de la familia Blackthorn vuela a Los Ángeles para descubrir el origen de la enfermedad que está destruyendo a los warlocks. Mientras tanto, Julian y Emma intentan desesperadamente deshacer el amor que les une y centrarse en una peligrosa misión por el *Libro Negro de los Muertos*.

Pero lo que descubren es un secreto tan terrible que puede destruir el mundo de las sombras por completo. Atrapados en una carrera contra reloj, Emma y Julian tendrán que salvar el mundo de los Cazadores de Sombras antes que la maldición de los parabatai destruya todo aquello cuanto aman.

Para Sara. Ella ya sabe lo que hizo.

*¡Mirad! La muerte se ha erigido un trono
en una extraña ciudad que se alza sola
en lo más profundo del sombrío oeste,
donde el bueno y el malo, el peor y el mejor
han hallado el descanso eterno.
Allí los santuarios, palacios y torres
(¡torres roídas por el tiempo, que no tiemblan!)
no se parecen a nada de lo nuestro.
Alrededor, olvidadas por los agitadores vientos,
bajo el cielo, resignadas,
yacen sus melancólicas aguas.*

*Ningún rayo del santo cielo cae
durante la larga noche de esa ciudad;
mas la luz que sale del escabroso mar
sube en silencio brillando por sus torres,
ilumina los pináculos de aquí y de allí:
las cúpulas, los campanarios, los majestuosos salones,
los templos, los babilónicos muros,
los oscuros cenadores largo tiempo olvidados
de hiedra esculpida y flores de piedra,
los muchos y muchos maravillosos santuarios
en cuyos frisos se entrelazan
la violeta, la viola y la viña.
Bajo el cielo, resignadas,
yacen sus melancólicas aguas.
Tanto se confunden las torres y las sombras allí
que todas parecen oscilar en el aire,
mientras desde una soberbia torre en la ciudad
la muerte mira, gigantesca, hacia abajo.*

*Allí los templos abiertos y las enormes tumbas
bostezan a la altura de las luminosas olas.
Pero ni las riquezas que ahí se hallan
en el diamantino ojo de cada ídolo,
ni los muertos, festivamente enjoyados,
incitan a las aguas a moverse de su lecho;
pues no se curva onda alguna ¡ay!
a lo largo del desierto de cristal.
Ninguna crecida habla de vientos soplando
sobre algún lejano mar más feliz,
ni burbujas sugieren que los vientos hayan estado
en mares menos horriblemente serenos.*

*Pero ¡mirad! ¡Un revuelo en el aire!
La ola, ¡hay movimiento allí!
Como si las torres hubiesen apartado,
con su leve hundimiento, la aburrida marea.
Como si sus crestas hubiesen débilmente creado
un vacío en la gasa del cielo.
Las olas tienen ahora un brillo más rojo,
las horas respiran tenues y graves.
Y cuando, entre gemidos no de esta tierra,
abajo, abajo, esa ciudad por siempre se asiente,
el infierno, alzándose desde mil tronos,
le mostrará reverencia.*

EDGAR ALLAN POE,
Ciudad en el mar

PRIMERA PARTE

No sienten pena

En la Tierra de las Hadas,
como los mortales no sienten pena,
tampoco pueden sentir alegría.

PROVERBIO FEÉRICO

1

La muerte mira hacia abajo

Había sangre sobre el estrado del Consejo, sangre sobre los escalones, sangre en las paredes, el suelo y los restos destrozados de la Espada Mortal. Más tarde, Emma lo recordaría como una especie de neblina roja. Unos versos le daban vueltas en la cabeza, algo sobre no ser capaz de imaginar que la gente tuviera tanta sangre.

Se decía que la impresión amortiguaba los grandes golpes, pero Emma no sentía ninguna amortiguación. Podía verlo y oírlo todo: el Salón del Consejo lleno de guardias, los gritos. Intentó abrirse paso hasta Julian. Los guardias se iban alzando ante ella como una ola. Oyó más gritos: «¡Emma Carstairs ha roto la Espada Mortal! ¡Ha destrozado un Instrumento Mortal! ¡Arrestadla!».

No le importaba lo que le hicieran; tenía que llegar hasta Julian. Este seguía en el suelo con Livvy en brazos, resistiéndose a todos los esfuerzos de los guardias por arrebatarse el cadáver de la pequeña.

—Dejadme pasar —insistía Emma—. Soy su *parabatai*, dejadme pasar.

—Dame la espada. —Era la voz de la Cónsul—. Dame a *Cortana*, Emma, y podrás ayudar a Julian.

Ella ahogó un grito y notó el sabor de la sangre en la boca. Alec se hallaba en el estrado, arrodillado ante el cadáver de su padre. El salón era una masa de gente que co-

ría de un lado a otro; entre ellos, Emma vislumbró a Mark, que sacaba de la sala a un inconsciente Ty, empujando a los otros nefilim para abrirse paso. Parecía más serio de lo que Emma lo había visto nunca. Kit iba con él. ¿Dónde estaba Dru? Allí, sola en el suelo. No, Diana estaba con ella, abrazándola y llorando, y luego estaba Helen, que luchaba por llegar al estrado.

Emma dio un paso atrás y casi se cayó. El suelo de madera estaba resbaladizo por la sangre. La Cónsul Jia Penhallow seguía ante ella, con la delicada mano tendida hacia *Cortana*. *Cortana*. La espada era parte de la familia de Emma, había estado en su vida desde que tenía uso de razón. Aún recordaba a Julian poniéndosela entre los brazos después de la muerte de sus padres, y de cómo la había afechado contra sí como si fuera un niño, sin importarle el profundo corte que la hoja le dejaba en el brazo.

Jia le estaba pidiendo que le entregara una parte de sí misma.

Pero Julian estaba allí, solo, vencido por el dolor, empapado en sangre. Y él era aún más parte de ella que la propia *Cortana*. Emma rindió la espada; y al notar que se la sacaban de la mano se le tensó todo el cuerpo. Casi le pareció oír gritar a *Cortana* al ser separada de ella.

—Ve —dijo Jia. Emma oyó otras voces, incluida la de Horace Dearborn, que se alzaban exigiendo que la detuvieran, que la destrucción de la Espada Mortal y la desaparición de Annabel Blackthorn no debían quedar sin castigo. Jia lanzaba secas órdenes a los guardias, diciéndoles que sacaran a todo el mundo del salón: ese era un momento para el dolor, no para la venganza; encontrarían a Annabel... «Sal con dignidad, Horace, o haré que te echen. Ahora no es el momento». Aline ayudaba a Dru y a Diana a ponerse en pie, las ayudaba a salir de la estancia...

Emma se dejó caer de rodillas junto a Julian. El olor metálico de la sangre lo llenaba todo. Livvy era una forma desmadejada entre sus brazos; su piel tenía el color de la leche

desnatada. Julian había dejado de llamarla y pedirle que regresara, y la estaba meciendo como si fuera un bebé, con la barbilla apoyada en la coronilla de la niña.

—Jules —susurró Emma, pero la palabra le supo amarga en la boca: ese era el nombre que le había dado de pequeños, y él ya era un adulto, sufriendo por un familiar. Livvy no solo había sido su hermana; durante años la había criado como a una hija—. Julian. —Le acarició la fría mejilla y luego la de Livvy, aún más fría—. Julian, amor, por favor, déjame ayudarte...

Lentamente, él alzó la cabeza. Parecía que alguien le hubiera tirado un cubo de sangre por encima. Le cubría el pecho y el cuello, y le salpicaba la barbilla y las mejillas.

—Emma. —Su voz no era más que un susurro—. Emma, he dibujado tantos *iratzes* ...

Pero Livvy ya había muerto antes de tocar el suelo de madera del estrado. Ninguna runa ni *iratze* hubiera podido ayudarla.

—¡Jules! —Por fin Helen se había colado entre los guardias; se dejó caer junto a Emma y Julian, sin pensar en la sangre. Emma observó anonadada a Helen arrancar el trozo roto de la Espada Mortal del cuerpo de Livvy y dejarlo en el suelo. Le manchó las manos de sangre. Con los labios blancos por el pesar, rodeó a Julian y a Livvy con los brazos, mientras susurraba palabras tranquilizadoras.

El salón se vaciaba a su alrededor. Magnus había entrado; estaba muy pálido y caminaba lentamente. Subió al estrado, y Alec, al verlo, se levantó y se tiró a sus brazos. Se abrazaron en silencio mientras cuatro Hermanos se arrodillaban y alzaban el cadáver de Robert Lightwood. Le habían colocado las manos sobre el pecho y cerrado los ojos. Suaves murmullos de «*ave atque vale, Robert Lightwood*» fueron resonando tras él mientras los Hermanos lo sacaban del salón.

La Cónsul se acercó a Julian, acompañada de varios guardias. Los Hermanos Silenciosos flotaron tras ellos, co-

mo fantasmas; formas apergaminadas.

—Tienes que dejarla ir, Jules —dijo Helen con voz muy tierna—. Tienen que llevarla a la Ciudad Silenciosa.

Julian miró a Emma. Sus ojos eran tan duros como un cielo de verano, pero Emma supo leerlos.

—Dejadle que lo haga él —pidió Emma—. Quiere ser la última persona que transporte a Livvy.

Helen acarició el pelo a su hermano y lo besó en la frente antes de alzarse.

—Jia, por favor —suplicó.

La Cónsul asintió. Julian se puso en pie lentamente con Livvy entre los brazos, y avanzó hacia la escalera que descendía del estrado; Helen iba a su lado y los seguían los Hermanos Silenciosos, pero cuando Emma también se levantó, Jia alzó la mano para detenerla.

—Solo la familia, Emma —le dijo.

«Soy de la familia. Déjame ir con ellos. Déjame ir con Livvy», gritó Emma en silencio, pero mantuvo la boca cerrada con fuerza: no podía añadir su propia pena al horror existente. Y las reglas de la Ciudad Silenciosa eran inamovibles. La Ley es dura, pero es la Ley.

La pequeña procesión iba hacia la puerta. La Cohorte se había marchado, pero aún quedaban algunos guardias y otros cazadores de sombras por la estancia: un suave coro de «*ave atque vale*, Livia Blackthorn» la fue siguiendo.

La Cónsul se volvió, con *Cortana* destellándole en la mano, bajó los escalones y se acercó a Aline, que había estado observando cómo se llevaban a Livvy. Emma comenzó a temblar, un temblor que le llegaba desde lo más profundo. Nunca se había sentido tan sola: Julian se alejaba de ella, y los otros Blackthorn parecían estar a millones de kilómetros de distancia, como estrellas lejanas. Deseó tener a sus padres junto a ella con un dolorosa intensidad que casi le resultaba humillante, y quería ver a Jem y quería volver a tener a *Cortana* entre las manos y quería olvidar a Livvy sangrando y muriendo, desmadejada como una muñeca ro-

ta, mientras el ventanal del Salón del Consejo estallaba y la corona rota se llevaba a Annabel. ¿Lo habría visto alguien, aparte de ella?

—Emma. —Unos brazos la rodearon, familiares y cariñosos, alzándola del suelo. Era Cristina, que debía de haber estado esperándola en medio de todo el caos, que había permanecido obstinadamente en el salón mientras los guardias gritaban que salieran todos, que se había quedado para estar junto a Emma—. Emma, ven conmigo, no te quedes aquí. Yo me ocuparé de ti. Sé adónde podemos ir. Emma. *Corazoncita*. Ven conmigo.

Emma dejó que Cristina la levantase. Magnus y Alec iban hacia ellas. Este último tenía el rostro tenso y los ojos rojos. Emma, con su mano en la de Cristina, recorrió el salón con la mirada, y le pareció un lugar totalmente diferente de aquel al que habían llegado hacía unas horas. Quizá porque antes brillaba el sol, pensó Emma, mientras oía vagamente que Magnus y Alec hablaban con Cristina sobre llevarla a una casa que habían reservado para los Blackthorn. Tal vez fuera porque el salón se había oscurecido y las sombras en los rincones eran tan espesas como capas de pintura.

O podría ser porque todo había cambiado. Quizá porque nada volvería a ser como antes.



—¿Dru? —Helen golpeó suavemente la puerta cerrada de la habitación—. Dru, ¿puedo hablar contigo?

Estaba bastante segura de que era la habitación de Dru. La casa del canal, junto a la residencia de la Cónsul, en la calle Princewater, se había preparado para los Blackthorn antes de la reunión, ya que todos habían supuesto que pasarían varias noches en Idris. A Helen y Aline se la había enseñado Diana antes, y Helen se había fijado en que el to-

que de las cariñosas manos de ella se notaba por todas partes. Había flores en la cocina, y las habitaciones tenían los nombres pegados en la puerta: la de las dos camas pequeñas para los mellizos, y la de Tavvy, llena de libros y juguetes, que Diana había llevado allí desde su propia casa, encima de la tienda de armas.

Helen se había detenido en una pequeña habitación con las paredes forradas de papel de flores.

—Para Dru, ¿no? —preguntó—. Es bonita.

Diana no le había parecido muy convencida.

—Oh, Dru no es así —replicó—. Quizá si el papel tuviera murciélagos, o esqueletos...

Helen hizo una mueca.

Aline le cogió la mano.

—No te preocupes —le susurró—. No tardarás en volver a recuperar su cariño. Será coser y cantar.

Y tal vez lo hubiera sido, pensó Helen, mirando la puerta donde ponía DRUSILLA. Quizá, si todo hubiera ido bien. Una punzada de dolor le atravesó el pecho; se sentía como imaginaba que lo haría un pez atrapado en un anzuelo, retorciéndose y sacudiéndose para alejarse del intenso dolor que se le clavaba en la carne.

Recordó el dolor por la muerte de su padre, cuando solo la idea de que tendría que hacerse cargo de la familia, de que tenía que cuidar de los niños, consiguió que siguiera adelante. En ese momento estaba tratando de hacer lo mismo, pero era evidente que los niños (y lo cierto era que ya tampoco podía llamarlos niños; solo Tavvy seguía siendo un niño, y este se hallaba en la casa del Inquisidor, y por suerte se había perdido todo el horror del Salón del Consejo) se sentían incómodos con ella. Como si fuera una desconocida.

Esto solo acrecentaba el dolor que sentía en el pecho. Deseó que Aline se hallara con ella, pero se había ido para estar unas horas con sus padres.

—Dru —insistió Helen, mientras llamaba con más fuerza—. Por favor, déjame entrar.

La puerta se abrió de golpe y Helen tuvo que echar rápidamente la mano hacia atrás para no golpear a Dru en el hombro. Su hermana se hallaba frente a ella, mirándola enfadada con su atuendo para la reunión, negro y demasiado estrecho en las caderas y el pecho. Tenía los ojos tan rojos que parecía haberse pintado los párpados con carmín.

—Ya sé que quizá quieras estar sola —comenzó Helen—, pero tengo que saber si estás...

—¿Bien? —completó Dru, bastante seca. La insinuación era evidente: «¿Cómo voy a estar bien?».

—Sobreviviendo.

Por un momento, Dru miró hacia otro lado; los labios, muy apretados, le temblaban. Helen deseaba con todas sus fuerzas abrazar a su hermana, acurrucarla contra sí como había hecho años atrás cuando Dru era un bebé obstinado.

—Quiero saber cómo está Ty.

—Dormido —contestó Helen—. Los Hermanos Silenciosos le han dado una poción sedante, y Mark está con él. ¿Quieres ir con él tú también?

—Yo... —Dru vaciló, mientras que Helen deseaba que se le ocurriera algo tranquilizador que decirle de Ty. La aterrizzaba pensar en lo que pasaría cuando este despertara. Se había desmayado en el Salón del Consejo, y Mark lo había llevado a los Hermanos, que ya se hallaban en el Gard. Lo habían examinado en un silencio ominoso afirmando que psicológicamente estaba bien, pero que le iban a dar unas hierbas que lo mantendrían dormido. Que, a veces, la mente sabía cuándo necesitaba desconectar para prepararse para sanar. Aunque Helen no acababa de comprender cómo una noche de sueño, o incluso un año entero, iba a preparar a Ty para afrontar la muerte de su melliza.

—Quiero que venga Jules —dijo Dru finalmente—. ¿Está aquí?

—No —contestó Helen—. Sigue con Livvy. En la Ciudad Silenciosa. —Hubiera querido decirle que estaría de vuelta en cualquier momento, porque Aline le había dicho que la ceremonia de colocar a alguien en la Ciudad como preparación para la cremación era corta, pero no quería decirle nada a Dru que pudiera resultar falso.

—¿Y Emma? —Dru hablaba con cortesía, pero el mensaje era claro: «Quiero a la gente que conozco, no a ti».

—Iré a buscarla —repuso Helen.

Casi ni había dado la espalda a la puerta cuando esta se cerró tras ella con un clic muy contundente. Helen parpadeó para contener las lágrimas, y vio a Mark en el pasillo, a unos cuantos pasos de ella. Se le había acercado con tanto sigilo que no lo había oído. Llevaba un trozo de papel arrugado en la mano, que parecía ser un mensaje de fuego.

—Helen —dijo, y su voz era áspera. Después de los años pasados en la Cacería, ¿sufriría como sufrían las hadas? Parecía desmadejado, cansado: tenía unas arrugas muy humanas bajo los ojos y en la comisura de la boca—. Ty no está solo; Diana y Kit están con él, y además, sigue durmiendo. Tengo que hablar contigo.

—Tengo que ir a buscar a Emma —respondió Helen—. Dru quiere que vaya.

—Su habitación está justo aquí; podemos ir a buscarla antes de irnos —dijo Mark, mientras señalaba al otro extremo del pasillo. La casa tenía paneles de madera color miel en las paredes y había luces mágicas que la iluminaban con calidez; cualquier otro día habría sido un lugar bonito.

—¿Irnos? —preguntó Helen, confusa.

—He recibido un mensaje de Magnus y Alec desde la casa del Inquisidor. Debo ir a buscar a Tavvy y decirle que nuestra hermana ha muerto. —Mark le tendió la mano, con el rostro transido de dolor—. Por favor, Helen, ven conmigo.



Cuando Diana era joven, había visitado un museo en Londres en el que la principal atracción era una Bella Durmiente de cera. Tenía la piel como sebo blanco, y el pecho le subía y bajaba al «respirar» con la ayuda de un pequeño motor implantado en el cuerpo.

Algo en la inmovilidad y la palidez de Ty le recordaban a esa chica de cera. Ty yacía parcialmente cubierto por las mantas de la cama, su único movimiento era el de la respiración. Las manos le colgaban abiertas a los lados; Diana deseaba con todas sus fuerzas verle mover los dedos, jugueteando con una de las creaciones de Julian o con el cable de sus cascos.

—¿Se va a poner bien? —preguntó Kit medio susurrando. La habitación estaba empapelada de un alegre amarillo, y ambas camas estaban cubiertas con edredones de *patchwork*. Kit podría haberse sentado en la cama vacía, preparada para Livvy, pero no lo había hecho. Estaba acurrucado en un rincón del cuarto, con la espalda apoyada en la pared y las piernas dobladas. Miraba a Ty.

Diana le puso a Ty la mano en la frente; la tenía fría.

—Está bien, Kit —le contestó. Arropó mejor al muchacho; este se removió y murmuró algo mientras se volvía a destapar. Las ventanas estaban abiertas; habían pensado que el aire le iría bien a Ty, pero ahora Diana se apresuró a cerrarlas. A su madre siempre la había obsesionado la idea de pillar un resfriado, y al parecer uno nunca olvidaba lo que le decían los padres.

Al otro lado de la ventana podía ver la ciudad, recortada contra las primeras luces del alba y la luna creciente. Pensó en un jinete cabalgando por el vasto cielo. Se preguntó si Gwyn tendría conocimiento de lo ocurrido esa tarde, o si debería enviarle un mensaje. ¿Y qué haría o diría cuando lo recibiera? Ya una vez había acudido a su lado cuando Livvy,